

CUADERNILLO
DE POESIA
COLOMBIANA



BELISARIO PEÑA

EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA

No. 55

BELISARIO PEÑA, POETA MARIANO

Por Abel García Valencia

Entre los poetas de Hispanoamérica, son los colombianos los más ardientes, los más inspirados y los más numerosos cantores de la Madre de Dios y Madre nuestra. Desde los ingenuos sermones a María que escribió Jiménez de Quezada, sin desdeñar las tiernas invocaciones de Juan de Castellanos ni los rebuscamientos gongorinos de Domínguez Camargo, en estos cuatro siglos ha sido abundantísima la literatura mariana en Colombia. Y para orgullo y gloria de nuestros poetas y escritores, la extraordinaria sinfonía que han orquestado ellos en honor de la Virgen constituye el más perfecto y multánime coro de alabanzas y plegarias.

La monja del Castillo encontró consuelo en sus desalientos al evocar a Nuestra Señora y al dejar correr su pluma en las iluminadas páginas de sus Afectos; José Joaquín Ortiz, Julio Arboleda y Gutiérrez González, entonaron también sus loas a María en los albores de la edad romántica; Rafael Pombo, los Carrasquillas y Marroquín, clásicos de nuestra literatura, exaltaron con encendidos acentos a la Virgen de las Misericordias; Epifanio Mejía, Julio Flórez y Ricardo Nieto templaron para Ella las acordes de su lira tierna y espontánea; Cuervo, Caro y Suárez le dieron noble aureola en el estilo diáfano y puro de su prosa inimitable; Guillermo Valencia, Martínez Mutis y Rafael Maya continuaron la letanía de las invocaciones en estrofas de gran fuerza expresiva y delicado sentimiento, y, en fin, casi no hay poeta o escritor en Colombia que no haya consagrado a María Santísima si quiera una línea o un verso.

Pero fue Belisario Peña, entre todos, el poeta mariano por excelencia en Colombia e Hispanoamérica. Sorprende, por eso, que en tratados y textos de literatura patria se ignore a este ilustre cantor de la Virgen. Quizá por haber transcurrido gran parte de su existencia en el Ecu-

dor se le desconoce por el grueso público, mas no hay razón ni derecho para que lo olviden los críticos y exégetas. Sólo en viejas antologías y parnasos se le incluye y menciona, y es preciso acudir a la autoridad innegable de críticos como Antonio Gómez Restrepo para que se le reconozca vigencia en nuestra época. Es justamente Gómez Restrepo quien declara que es Belisario Peña el príncipe de nuestros poetas místicos, y que se eleva, siguiendo a Dante, a las más altas cumbres de la poesía teológica.

Es justo y merecido el homenaje y el encomio que se haga de Belisario Peña, porque sus estrofas pueden con brillo figurar en el florilegio más exigente. El tema de María, Virgen y Madre, es uno de aquellos temas universales y eternos que han movido el corazón y la mente de los poetas más grandes en el transcurso de veinte siglos, y por eso es más digna y eminente la obra del poeta zipaquireño. Si tantos altísimos poetas han cantado a Nuestra Señora del Rosario en el mundo, es extraordinario el caso de un sencillo poeta andino cuyo nombre admite parangón y paralelo con los más inspirados y egregios.



La obra del poeta zipaquireño es una obra de gran valor y de gran importancia. El tema de María, Virgen y Madre, es uno de aquellos temas universales y eternos que han movido el corazón y la mente de los poetas más grandes en el transcurso de veinte siglos, y por eso es más digna y eminente la obra del poeta zipaquireño. Si tantos altísimos poetas han cantado a Nuestra Señora del Rosario en el mundo, es extraordinario el caso de un sencillo poeta andino cuyo nombre admite parangón y paralelo con los más inspirados y egregios.

La obra del poeta zipaquireño es una obra de gran valor y de gran importancia. El tema de María, Virgen y Madre, es uno de aquellos temas universales y eternos que han movido el corazón y la mente de los poetas más grandes en el transcurso de veinte siglos, y por eso es más digna y eminente la obra del poeta zipaquireño. Si tantos altísimos poetas han cantado a Nuestra Señora del Rosario en el mundo, es extraordinario el caso de un sencillo poeta andino cuyo nombre admite parangón y paralelo con los más inspirados y egregios.

A LA CONCEPCION INMACULADA DE MARIA

Aurea mañana en que natura nueva
vio a su Señor en el Edén dichoso
plácidamente con la virgen Eva
de paz y señorío en el reposo!

En cuantos seres vió los vió perfectos,
y penetró, con ciencia no aprendida,
al simple ver, las causas, los efectos,
el número, y el peso, y la medida.

La creación divina, aún ilesa,
a Eva ostentaba en su beldad sin velos
la huella del Señor recién impresa
en la tierra, en los aires y en los cielos.

Mas cuanto abraza la estrellada esfera
el molde fue tan sólo en que se vacia
belleza muy más pura: todo era
nácar para la perla de la gracia.

¡Ay! el rico tesoro de inocencia
el padre infiel malbarató en derroche,
y a la prole infeliz dejó en herencia
la muerte al cuerpo, al ánima la noche.

Natura sintió arder las rebeldías
contra el orden nativo, y desquiciada
sepultarse debió rota y sin días
en el abismo de la Antigua Nada.

¿Y pudo consentir el Soberano
Hacedor que, en su mengua y vituperio
un arcángel vencido, de la mano
le arrebatase el cetro del imperio?

No, que *ab æterno* conoció el engaño,
y dispuso con pródigo gobierno
infinito remedio para el daño:
que en la mente de Dios todo es eterno.

Quiso que el Hijo de su seno, el Verbo,
sin dejar de ser Dios, hombre naciera,
para que en mortal carne vuelto siervo
fuese el mismo vencido el que venciera.

El Engendrado y su alta Engendradora
fueron de Dios en la eternal presciencia
causa final de la obra creadora,
la maravilla suma y la excelencia.

Purificate, ¡oh! lira, y en voz santa,
entre un raudal de incienso y melodía,
brote de ti, cual sol que se levanta,
resplandeciendo, el nombre de María.

Salte al oírlo de alborozo el mundo;
en vítores prorrumpe el universo,
vibre el cielo de amor, tiemble el profundo;
postre las alas trémulas mi verso.

Salve, ideal de la Divina Mente,
de cuanto creó puro, santo y bello;
obra entre todas única, excelente
en que grabó el Artífice su sello.

Nueva ubérrima tierra, Paraíso
do inocencia más pura, la perdida
restauró el hombre, Edén en que Dios quiso
El mismo ser el Arbol de la vida.

Joya de oro finísimo que engasta
íntegro, sin mancilla y más radiante
que en otra alguna de la humana casta,
de la virginidad vivo el diamante.

Virgen, por quien recibe el Increado
mayor gloria del hombre delincuente
de aquella que, sin Ti, le hubiera dado
una prole de culpas inocente.

Virgen y Madre a un tiempo, en quien se aduna
opuesto don que a ti tan sólo cuadre:
más Virgen, por ser madre, que otra alguna;
más Madre, por ser virgen, que otra madre.

Imperial Reina, que en excelsa cumbre
sobre lo imaginable estás tan alta,
que para concebirte, aun en vislumbre,
idea, mente, idioma... ¡todo falta!

Eres la fuente viva que se espacia
brillando al sol en inexhausta vena,
siempre a torrentes derramando gracia
siempre de gracia rebozando llena.

Así el agua del mar que en nube flota
vierte al campo el nutricio refrigerio,
germen de vida, y sin perderse gota,
en ríos vuelve al insondable imperio,

Así el sol natural va prodigando
la luz que asocia y vivifica todo:
la pureza refléjala brillando,
y la oscurece, sin mancharla, el lodo.

En ti juntas de gracias peregrinas
todo el acopio en grado relevante,
cual los fulgores de las piedras finas
junta y aviva en iris el diamante.

Esfuerzo tú de omnipotente brazo,
tan alto sobre todo te sublimas
que, más que a humilde otero el Chimborazo,
empequeñece las celestes cimas.

De tu virtud lo sumo no podemos
ni concebir; oh Mar, en tu planicie
se nos cansa la vista, y sólo vemos
de tu profundidad la superficie.

Eres cielo de golfos sin orillas,
do por más que el cristal la vista ahonde,
y nos pame con nuevas maravillas,
la luz suprema en lo invisible esconde.

Tu grandeza el espíritu me rinde:
si, a lo criado sólo circunscrito,
un término le busco, ¿do la linde
entre tu inmensidad y lo infinito?

Mas, ¿dónde, oh Sacra Virgen, dó las fuentes
de tu grandeza están? ¿De qué oceano
te llueve gracia en múltiples torrentes?
De tanta celsitud ¿cuál el arcano?

¡Madre de Dios...! Oh dignidad que encierra
más tesoros de mérito y virtudes
de cuantos tienen nombres en la tierra,
o ensalzan los angélicos laúdes.

Lo que en el cielo empíreo es maravilla
de hermosura y pureza, el gran conjunto
de santidad que deslumbrando brilla
no es de este sol ni imperceptible punto.

Alteza que la mente imaginara
linde al poder de la divina Esencia,
si quien da lo infinito no ostentara
en el supremo don su omnipotencia.

De tu maternidad el privilegio
junto al trono de Dios te domicilia,
a que tu ruego rijan el cetro regio
cual Reina madre de imperial familia.

No es tuyo el Trono en que la fiel Justicia
vibra en inaccesible refulgencia:
Luna, Tú reinas, al perdón propicia,
en el dosel sidéreo de Clemencia.

En Dios están la voluntad que manda,
el rayo del poder, la voz que cría;
mas del materno amor la fuerza blanda,
la ternura del Cielo en ti, María.

No eres sierva, eres Madre a quien conviene
real decoro y séquito prolijo,
y que lo excelso que de sí no tiene,
en Ella esté por convenir al Hijo.

¿Y pudo la gran Reina, la escogida
de la sierpe infernal ser mancillada?
La que nació para vencer... ¡vencida!
La que nació para pisarla... ¡hollada!

¿Pudo acaso, si el mal que nos abrumba
la corriente letal hasta Ella ensancha,
la madre ser de la Pureza suma?...
No: Dios se humilla, pero no se mancha.

El hijo que, a su madre preexistente,
amante, sabio y poderoso fuera,
a inundarla de bienes del torrente
no otra medida que el poder tuviera.

Así obró Dios: prodigio de su mano,
cual para ser su Madre, la hizo bella;
y al verla tal, si se vistió de humano
a redimir al siervo, fue por Ella.

A ti, cielo terreno de Dios Hombre,
en la Divinidad toda anegada,
¿cómo te llamaré? ¿Cuál es tu nombre?
Dímelo con tu voz —“¡La Inmaculada!”

¡La Inmaculada!, ¡oh! claro don que implica,
la integridad del ser sin ningún daño,
lo único que a la tierra glorifica,
indemne de la sierpe del engaño.

Muestra dio de poder más portentoso
el Fíat que creóla Inmaculada
del que en el ciego abismo del reposo
vibró la luz y fecundó la Nada.

¿Cómo se obró el portento? ¿Quién resiste
de la Sabiduría a los reflejos;
ni qué podrá indagar el que no asiste
de Dios inescrutable a los consejos?

Sé que la planta, por extraño efecto,
para pagar al hombre su tributo,
saca fragante del fangal infecto
inmaculada flor, y de ella el fruto;

Que el sol, del mar salobre, eleva pura
la nube que hilos de cristal destila;
que del pétreo carbón en la negrura
arde el diamante y férvido rutila.

Y Tú, Señor, que puedes lo que quieres,
¿no libraste del mal que me inficiona
a la Mujer bendita entre mujeres?
¿También con él tu Madre se baldona?

¡Horrendo de pensar!... ¿Y en sabias mentes
cupó el dudar? —Quizá; mas, ¿no existían
soles en el espacio refulgentes
cuando los ojos verlos no podían?

Tal vez de la verdad la refulgencia,
cuando entre sombras de misterio brilla,
ofusca más los ojos de la ciencia
que los de la razón pura y sencilla.

Disipar la tiniebla; hacer visible
el sol de la verdad, antes sombrío;
imponer que el dudar fuese imposible
fue gloria sólo tuya, Inmortal Pío!

La sacra Fe que con estudio sabio
los divinos arcanos averigua
quiso dictar, por tu infalible labio,
en dogma nuevo la verdad antigua.

Y el instante llegó, siglos ansiado,
en que tú, excelso, entre el purpúreo Coro,
de luz dada a ti solo iluminado,
y de áurea pompa e imperial decoro.

Viste de la Deidad en un destello
la concepción sin mancha de María,
y al ponerle tu voz de la Fe el sello,
el Espíritu en ti resplandecía.

¡Salve inmortal instante! —¿Qué entreviste
en él, cuando potencias improvisas
al cielo te arrojaron, y sentiste
el soplo leve de divinas brisas?...

Tu palabra cual fúlgida centella
rauda al punto voló de zona en zona,
el esplendor llevando de la Estrella
que María velaba en su corona.

Brilló como iris de esperanza nueva,
y con la paz regocijó el Santuario;
mas luego —antes que el premio está la prueba,
y la gloria se sella en el Calvario—.

Arrebatarte osó, Pastor supremo,
ese que en tu despojo reina y medra
cuanto puede usurpar furia de averno:
¡sólo inmota quedó la innoble Piedra!

Y arrancarán las rocas de su quicio,
al sol del cielo y a la luna adunca;
mas la Piedra que, basa a su Edificio,
sentó Jesús de fundamento, ¡nunca!

¡Jamás! La Iglesia santa y una misma,
mansa, serena, vigilante y pura,
surca un mar en que la ola que la abisma
es la que luego la alzaré a la altura.

Cuando a tu siglo, oh claro Pío, afrente
ante otros por sus crímenes la Historia,
quizá lo juzgue la futura gente
redimido de infamia con tu gloria.

Gloria que reluce hoy: cuando más negras
azotan las tormentas, la mirada
vuelve a ti el mundo, Estrella que lo alegras
con la rútila luz de Inmaculada.

Hoy todo el orbe en venerado busto,
virgen del manto azul, tu imagen yergue:
Reina de gloria en el santuario agosto,
Reina de flores en el pobre albergue.

Vibra un nuevo alborozo, esplende un fausto
que al magnífico eclipsa de la aurora,
y hasta mi seco corazón exhausto
verdece al canto y jubiloso llora.

Lira, pincel, buril, en noble lidia
de generoso atleta con atleta,
se disputan la palma sin envidia...
¿Cuál saldrá vencedor donde no hay meta?

¡Si águila arrebatada, delantera
mi fantasía, en alas del anhelo,
más amante que todas, se cerniera
a beber luz en el etéreo cielo!

¡Y te llevara a la celeste altura,
desde esta baja creación tan vasta,
cuanto hay bello en el alma y en natura,
cuanto puede ensalzar la lira casta!

¡Oh! Tierra, dame el oro que sepultas,
y al par la relumbrante pedrería,
que en roca dura a la Codicia ocultas,
para alfombrar las aras de María.

Aire, dame los himnos del bullente
céfiro que el sembrado anima y riza;
y por incienso el regalado ambiente
que a parpúrea mañana aromatiza.

Cielo, dame los astros con que el puro
cerúleo seno alumbras y brillantas:
¡Sirio, Antares, Proción, Espiga, Arturo,
flores de luz, os regaré a sus plantas!

Ven de doquier que estés, Belleza pura
que el universo de armonías pueblas,
si bien torne la luz de su hermosura
tu beldad sombras, tu esplendor tinieblas.

Ven, y contigo el estro me dé vida,
y, generoso vino, se desborde;
luz ya ondulante al fenecer despida
su postrer lampo en melodioso acorde.

Quizá de amor al cariñoso riego
cobre la seca flor de poesía,
si aun puede estremecerla el vital fuego,
frescos aromas en la tarde umbría.

¡Ay! no sé hilar el oro, ni en preseas
labrarlo de joyero con fino arte,
ni forjar el idioma a mis ideas:
¿basta, oh Diva, el sentir para alabarte?

Nunca avidez de fama y de memoria
punzóme el corazón con ansia inquieta:
quise sólo por ti, para tu gloria
las líricas centelias del poeta;

que Tú fueses el viento de la vela,
yo navecilla tímida que zarpa;
Tú el ideal, y yo el que asirlo anhela;
artista Tú, mi corazón el arpa.

¿Y no vibrará en él, ni habrá en mi mente
una inmortal centella que me inflame;
un ímpetu que vuele, un rayo ardiente,
algo en mí que lo bello entienda y ame?

¿Seré yo de esas almas ilusorias
que del de la verdad áureo tesoro
se apropian solamente las escorias,
como el imán entre arenillas de oro?

¿Seré mezquino cual la roca calva
que ni de nido al águila se ahueca,
ni da gris paja en que rocíe el alba,
ni un hilo de agua a la campiña seca?

No: arde en mi ser el ala vibradora
de un relámpago vivo que se expande;
un ansia que da vida y que devora,
un amor imperioso, activo, grande.

¡Ah, soy capaz de amar! y la divina
voz en mí escucho con palabra interna
del atractivo amor que me avecina
al gozo inmoble de Belleza eterna.

Que ignipotente el alma hiera, y abra
con su buril de llama ardientes huellas;
y me enseñe la férvida palabra
en que van rehilando sus centellas.

Y hablará el corazón ese lenguaje
de tierna languidez y ardor sublime,
murmurio de terneza y oleaje
que lo indecible con lamentos gime.

Si de mí se exhalaran cual de hoguera
las lenguas aéreas de volante llama,
que se arrancan del pábulo; si fuera
volcán en que el Amor se tuerce y brama,

poco sería aun: ¡Ay! es tan pobre
este amor de la tierra que se anega
en hondo mar de lágrimas salobre:
¡brota en botón y a florecer no llega!

Florezca para ti que la infinita
profundidad cegaste del abismo
puesto entre Dios y el ser que necesita
hallar algo en lo amado de sí mismo;

para ti que hermanaste en el materno
seno al vil hombre con el Dios humano,
para que ame a su padre en el Eterno,
y estreche en tu Jesús al dulce hermano.

Eres mi madre, pues: Tú lo quisiste,
y en herencia, por más que el mundo asombre,
al hombre el de su Dios, y a Dios le diste
el compasivo corazón del hombre.

Mi madre, ¡oh dicha suma!... Cuando rielan
tus miradas en mi alma, y me regalas,
hiérvenme esos afectos que no vuelan
de toco verso en las rastreras alas.

Guíelos el Amor, y que él dirija
mi nave al puerto de eternal bonanza,
¡oh Estrella de mi norte, en quien se fija,
aguja tembladora, mi esperanza!

Ya el mundo se me enturbia: lumbre flaca
da a mis ojos el sol que reverbera,
y entre la niebla que me envuelve opaca
la Eternidad, llamándome, no espera.

—¡Voy ya!... Mas el laúd ronco, insonoro,
solaz de mi destierro y dulce amigo,
a cobrar melodía y cuerdas de oro,
estrecho al corazón, irá conmigo.

Irá a la Patria do se limpie el llanto,
que le empaña el marfil —¡Ya raya el día!—
¡sea el asunto de su eterno canto
tu Inmaculada Concepción, María!

AL SEÑOR DOCTOR DON M. M. P.

Hoy sacerdote eterno
te consagra el Señor: así lo jura
el que existe, y extiende su gobierno
a todo lo que pasa y lo que dura.

Tu nueva realeza
te ha sublimado a tanto poderío
que, do no puede más naturaleza,
principia allí a nacer tu señorío.

Sobrehumano heroísmo,
del mundo vencedor en las peleas,
la vara fue que te allanó el abismo
cegado por las olas Eritreas.

A salvo ya en la orilla,
y aligerado del terreno acervo,
entra al festín, y ocupa la áurea silla,
que eres ya amigo del que fuiste siervo.

Subir te veo al ara
con el pan que por tí será Hostia viva:
temor y asombro tu ademán declara;
vela tus ojos la modestia esquiua.

De pureza y decoro
te viste el alba con candor de nieve;
sacra veste refleja en visos de oro
cada latir que el corazón te mueve.

Apréstate al convite;
penetra del misterio en los arcanos;
prevén ya el trono en que el Señor habite;
lávate aún más las inocentes manos.

Y mientras se desriza
sobre el ara el incienso en humo pardo,
al agua que en tus manos se desliza
mezcle su aroma de Magdala el nardo.

Tuya es la milagrosa
virtud de la palabra veneranda,
que al trigo noble, a la uva ruborosa
mudar su esencia en la divina manda.

Al que de luz vestido
deslumbrando con gloria está en los cielos
tendrás sumiso aquí Dios escondido
de candor y de púrpura con velos.

¿Sientes el soplo blando
de las auras de Horeb, y la divina
paz suave que las viene acompañando?
es El, es el Señor que se avecina...

Con la milicia pura
de celestes ejércitos en coro,
con todos cuantos seres son tu hechura,
Hostia viva y vivífica, ¡te adoro!

¡*Pan* de los escogidos,
víctima do se encierra, compendiada
en materia tan leve a los sentidos,
toda la creación divinizada?

¡*Salve Cáliz* fulgente
que entre grupos de gloria y de querubes,
viendo ante tí en el polvo toda frente,
el humano rescate a pagar subes!

Levita, mal reprimes
con leve sollozar el curso al llanto,
¿Quién no vierte en instantes tan sublimes
las lágrimas de amor que expresan tanto?

Patente el infinito
que ante tí tienes en la mano estrecho,
levante el alma de miseria el grito
y hiere, por indigno, hiere el pecho.

¿Dónde humana bajeza
en sí de Dios hospedará el abismo?
tu nada el conocer te da grandeza:
abismo de humildad cava en tí mismo.

Y ya que necesitas
la inmensidad de tu alma, el amor llama:
sólo él capacidades infinitas
puede abrir en los ámbitos que inflama.

¡Oh efectos llameantes!
¡Oh pasmo que del cuerpo te enajena!
¡Oh eternidad vivida en sólo instantes!
¡Oh alma insaciable que te sientes llena!

Goza ahora, y aprende
que lo que insito Dios te comunica
sólo el amor con humildad lo entiende,
sólo el amor con lágrimas lo explica.

Triunfa la fe! radiosa
en tí brillando la verdad se mira;
¿Podrá ese gozo que de tí rebosa
ser hijo del engaño y la mentira?

No: cálese la impía
temeridad de la soberbia ciega.
Si el sol brilla en zenit, ¿quién niega el día?
Si en tí sientes a Dios, ¿quién te lo niega?

Siénteslo en la sencilla
caridad que te abraza el alma entera.
Sufre, lucha, ora, esparce la semilla,
tiende tus redes en el mar, y espera,

Espera a tus fatigas,
tras laboriosas horas, las mercedes:
tu granero henchirán áureas espigas,
y rica pesca colmará tus redes.

No te ufanes: la yedra
no sin arrimo se alzaré trepante;
ni es tuyo el esplendor, que no a la piedra,
debe a la luz sus iris el diamante.

De Dios en nombre ahora,
pastor y padre y príncipe felice,
en muestra del poder que en tí ya mora,
alza la diestra cándida y bendice.

¡Oh mar que nos separa!
¡Oh montañas excelsas cuanto impías!
Sin vosotras, yo allá ¡cómo mezclara
con las paternas lágrimas las mías!

EL ALBA

Doncellas despertad; raya la aurora,
el sol se anuncia a iluminar el día;
doncellas despertad: llegó la hora
de saludar a la inmortal Señora,
decid Ave María.

Inclinad la rodilla en la pradera
húmeda aún del matinal rocío;
alzad la vista a la celeste esfera
y desparcid la lengua cabellera
al viento suave y frío.

Ved cual vellones de oro en el oriente
tenues nubes en plácida armonía;
viene en ondas la luz resplandeciente;
el hemisferio revivir se siente,
decid Ave María.

Azules lirios, encendidas rosas,
moradas violas, blancas azucenas,
las flores todas a cual más hermosas
se entreabren al aura pudorosas,
de ámbar y esencia llenas.

Escuchad de la oveja los balidos,
el murmurio del río y de la brisa,
y de la dócil vaca los mugidos
y los rumores vagos y perdidos
de matinal sonrisa.

Desde el árbol paterno la avecilla
su amor gorjea y sus sentidas quejas;
en memorosa y blanda redondilla
trina el pastor su cántiga sencilla
y zumban las avejas.

Tiembla la voz del bronce por los vientos
con suave y dulce y grata melodía;
la colina repite sus acentos
como débiles quejas o lamentos;
decid Ave María.

Ved en la vieja iglesia de la aldea
oscilar llameando el incensario:
la parda nube de perfume ondea,

lame el ara, difúndese y rodea
el agosto santuario.

Orad por el perdido navegante,
del viento esclavo y de inconstantes mares,
por quien tiende la mano suplicante
vagando hambriento y pobre, solo, errante,
en extranjeros lares.

Por el huérfano orad; por los que gimen
presa del polvo en la última agonía;
por el huérfano orad; por los que gimen,
por los tiranos que a su hermano oprimen
invocad a María.

REGRESO AL VALLE

Vuelvo a ver mi antigua casa
y mi Valle y mi ciudad,
y el río que hablando pasa,
cerca del huerto natal.

Recuerdo viejos amores
y alegrías y ternezas;
lleno está el huerto de flores,
mi corazón de tristezas.

Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquier tiempo pasado
fue mejor.

De las grietas del ciruelo
mana fragante resina,
sube hacia el diáfano cielo
el humo de la cocina;

En tanto que en el madroño
y entre las tostadas parras,
sin un sarmiento en retoño,
cantan de sed las chicharras;

Las chicharras, compañeras
del labrador, precursoras

de las cosechas primeras
y de las rústicas horas;

Ellas en sus toscas gamas
el verano nos predicen,
y, al pasar bajo sus ramas,
con sus aguas nos bendicen;

¡Las chicharras! Yo las quiero
con el más dulce querer,
ellas, desde el limonero,
me hablan de un rosado ayer.

Cuando en noches de San Juan,
allá en la loca niñez,
cantaba yo este cantar:
Mama luna, dame pan
que me voy a Santa Fe,
y entre la rueda infantil
cruzaba el gato ladrón
o dialogaba sutil
la burriquita mayor.

Por aquel tiempo, recuerdo,
un pájaro sabio había,
huésped de la vecindad,
que sin cesar repetía
esta canción singular.
Dios te de, te de, te de.
Y era un pájaro tan cuerdo
que ya fuera pobre o rico
quien pasara cerca de él,
abriendo su largo pico
cortesmente le decía:
Dios te de, te de, te de.
Todos pasaban sin ver
a prójimo tan cabal,
que desde el amanecer
no cesaba en su cantar,
Y solo algún desdichado,
al oír frase tan cruel,
al pajarraco inspirado
alzaba su hosco mirar
y un torvo gesto de hiel
desarrugaba su faz;
o alguna vieja sin sal,
apolillada y trivial,
que al regresar de la misa,
con impertinente risa

y dejo chillón y amargo,
preguntaba al diostedé:
"Con ese pico tan largo,
¿cómo canta sumercé?"

Y nunca podré olvidar,
de esas horas encantadas,
las alegres madrugadas
en que con tanto fervor
mi abuela daba en rezar
las hermosas letanías,
o el Trisagio que Isaías
escribió con grande celo
y oyó cantar en el cielo
a angélicas jerarquías,
mientras despertando al són,
y con acentos afines,
contestábamos al canto:
Angeles y serafines
dicen, santo, santo, santo.

Ni las dulces nochebuenas,
inocentes y verbenas,
cuando, a la luna de plata,
así, triste, se dolía
cadenciosa serenata
al pie de la celosía
de alguna adorada ingrata:
clavelito colorado
de la mata te cogí,
la mata quedó llorando,
como yo lloro por tí.

Y con los trinos suaves
de la guitarra y bandolas,
alternaban voces graves
como en coloquios a solas:
clavelito rosicler,
perfumado con romero,
cómo no te he de querer
si fuiste mi amor primero.

Vuelvo a ver mi antigua casa
y mi Valle y mi ciudad,
y el río que hablando pasa
cerca del huerto natal.

MARIA MAGDALENA

Cuando postrada ante Jesús, los bellos
pies divinos al pecho recogías,
y con hilos de lágrimas vertías
de nardo y de jazmín esencia en ellos;

y a enjuagarlos tendiste esos cabellos
que fueron redes de oro en otros días,
do con lazos de amor prender solías
de amadores lascivos torpes cuellos,

osó vilipendiarte la ilusoria
piedad de la avaricia que envenena
las almas viles de piedad desnudas;

pero Jesús te ensalza: doble gloria
eterniza tu nombre, Magdalena!
Te alaba Cristo, y te escarnece Judas.



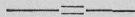
SILENCIO DE JESUS PROFANADO

Cuando exhausto, Jesús, con grande acento,
desligó el alma del mortal vestido,
se apagó el sol, y el orbe estremecido
quiso arrojar al hombre de su asiento.

Cuando el odio brutal brama violento,
y se escarnece a Tí, Dios escondido,
ni sol sin luz, ni mundo sacudido
gritan contra el horrible atrevimiento.

Y tú también, ¡oh mi Jesús, callando
en místico silencio sufrir quieres
de plantas viles el ultraje infando...!

¡Ah, lo entiendo, Señor: en la Hostia eres
el Dios de amor, y quien se arroba amando
ni pregunta al sayón *¿Por qué me hieres?*



DIOS EN LA HOSTIA

No entiende la razón el hondo arcano
de cómo en el vital germen primero
del rubio trigo, estuvo verdadero
tanto innúmero grano en solo un grano.

Nada hay grande o pequeño: al ojo humano
es breve disco el sol, punto el lucero;
y el átomo en sí abrevia un mundo entero,
la gota de rocío un oceano.

Si en lo mínimo está criatura entera;
y lo inmenso, del cielo en el abismo,
punto es sin extensión, cual si no fuera.

¿Por qué el Dios infinito, sin guarismo,
estar como pequeño no pudiera,
múltiple en apariencia, en sér, el mismo?



ENCUESTA DE MARIS PROBARADO

El mundo es un valle, donde con gran
deleite se vive el dulce y amargo
de la vida, y el dulce y amargo
de la vida, y el dulce y amargo

Como el ojo humano ve el mundo
y se maravilla de lo que ve,
así el mundo ve el mundo
y se maravilla de lo que ve

Y se maravilla de lo que ve,
así el mundo ve el mundo
y se maravilla de lo que ve,
así el mundo ve el mundo

En el mundo, donde se vive,
se vive el dulce y amargo
de la vida, y el dulce y amargo
de la vida, y el dulce y amargo